CAPÍTULO DÉCIMOSESTO.

DEUDA SATISFECHA.

I.

Estamos en los alrededores de Querétaro y en el 25 de abril del año memorable de 1867.

El teniente coronel Pablo Martinez y su amigo, ó por mejor decir, su hijo adoptivo, D. Serafin, estaban al frente de un regimiento de caballería.

El Cuartel general mandó que el regimiento de Martinez pasara á la hacienda de * * * á reponer sus caballos destruidos por tanto tiempo de fatiga.

El lector recordará que el 1º de Junio de 863, cuando el ejército pasaba para la nobilísima ciudad de Lerma, el infortunado Quiñones habia recibido el mas cruel desengaño, de aquel famoso D. Cirilo, que le hizo una recepcion tan descortes cuando presentó en la posada á Martinez y sus amigos.

Quiñones recordaba siempre la pesada broma del oficial retirado, y muchas veces le habian dado carga con la memoria del ridículo lance de su antiguo camarada.

Martinez tenia una memoria asombrosa para retener las fisonomías y los parajes.

Marchó el regimiento á la hacienda de * * *

Cuando una nube de langosta se presenta en un sembrado, atemoriza menos á los pastores que á un hacendado la noticia infausta de la llegada de un regimiento.

Los hacendados ocultan violentamente las semillas, hacen desaparecer el vino y las vajillas, envian sus caballos á grandes distancias, remontan sus ganados como si amenazase una catástrofe, y las muchachas de la finca huyen á los próximos *ranchos*, porque la tropa es una verdadera plaga, cuya plaga se torna en un castigo del cielo, cuando pertenece á un bando opuesto al del propietario de la finca rústica ó urbana.

Martinez se armó con la órden del Cuartel general, y llegó á la hacienda.

—Dónde está el mayordomo? preguntó.

—Señor, ya viene, dijo humildemente el jornalero.

—Que venga pronto, ó lo traigo de las orejas.

—Está con el *amo*.

—¿Quién es el amo?

—D. Cirilo Hermosilla.

—Dónde he oido ese nombre? á mí no me es desconocido. ¿Y qué clase de pájaro es ese D. Cirilo?

—Es el amo no mas, señor.

—Eso basta, repuso Martinez, y seguido de sus ayudantes se fué directamente á la casa de la hacienda.

Apeóse y subió las escaleras, metiendo gran ruido con las espuelas y el sable.

El dueño salió á recibir al gefe.

Luego que Martinez le puso la vista á aquel hombre, lo reconoció.

Era aquel mismo D. Cirilo, teniente coronel retirado, que les habia jugado la pesada broma de dejarles sin comer.

—Hola, D. Cirilo! dijo Martinez.

—Pase usted, señor compañero.

—Compañero de qué?

—De milicia; yo soy viejo insurgente.

—Bien, aquí tiene usted la órden para el alojamiento de setecientos ginetes con sus respectivos caballos.

—La obedeceré, pero no tenemos pasturas.

—Pues cómprelas usted, me parece que están baratitas.

D. Cirilo arremangó el labio superior como trompa de elefante.

—Mande usted matar diez reses para que coma la tropa; usted es un hombre muy.... muy....

—Mi ganado va á desaparecer, pensó D. Cirilo, y se estremeció.

—Disponga usted treinta camas para mis oficiales.

—Dios mio! esclamó el viejo.

Martinez tuvo á bien no reparar en las esclamaciones de D. Cirilo, y continuó con el mayor aplomo:

—Voy á disponer algo que á usted le concierne, y que nos avisen cuando esté el almuerzo para mí y la oficialidad.

Sin despedirse, marchó seguido de la turba de oficiales, que se frotaban las manos de satisfaccion.

II.

—Estamos perdidos! decia á su mayordomo el propietario, la hacienda va á arruinarse; pero es preciso hacer un sacrificio, porque este soldadon es un bárbaro, un verdadero apache.

La gente de la casa se puso en movimiento para disponer el almuerzo, mientras Martinez entablaba un diálogo con el guardador de las *trojes*.

—Abre esa puerta para sacar paja y cebada.

—No tengo las llaves.

—Pues sin ellas.

—No puedo.

—Yo sí; vamos, avancen tres dragones, y con las culatas de los rifles rompan la cerradura.

Los dragones no se hicieron esperar: á los dos minutos las puertas estaban mas abiertas que las de Catedral en dia de Corpus.

Como hormigas entraron los soldados á los graneros, dándoles una saqueada peor que la de Lorencillo, y la de Saligny á los bonos de Jecker.

D. Cirilo veia desde una de las ventanas aquel zafarrancho de moros, y su corazon se oprimia dolorosamente.

—Mi cebada!.... mi maiz!.... mi paja!.... todo se lo está llevando el demonio!.... todo!.... todo!.... nada mas falta que el imperio venga á castigarme por dar alojamiento contra todo el torrente de mi voluntad.

Los oficiales dieron parte de que los proveedores estaban bien surtidos.

—Hola! gritó Martinez dirigiéndose á los *caporales*, se necesitan reses para la tropa.

—Ya fueron por *nueve* al monte.

—He dicho que *diez*, y si no, mando por veinte.

—Imbéciles! gritó D. Cirilo, traigan lo que pida el señor mi compañero.

—Como usted dijo que *nueve*....

—Yo no he dicho nada, traigan *diez*, y nadie me replique.

III.

A las dos horas, avisó un criado que la mesa estaba preparada.

Subió aquella falange de *famélicos*, y comenzó un verdadero festin.

—Señor don Cirilo, haga usted traer mas vino, mis oficiales lo acostumbran, y no pueden pasarse sin él.

—Ya han traido seis cajas, señor compañero.

—Pero nada mas de Burdeos, aun no ha llegado el coñac, ni los licores para los postres y el café.

—A usted le tengo reservado, dijo don Cirilo ardiendo de rábia, una buena botella de coñac.

—No, señor, usted se engaña, yo no tomo nunca sin que mis oficiales se hayan satisfecho de antemano.

—Pero, señor compañero, yo tengo muy poco abasto.

—Saque usted, amigo, saque usted el guardado, que nosotros estaremos aquí uno ó dos meses.

—Santos ángeles custodios! esclamó el infeliz hacendado.

—Muchacho! saca de ese armario la botella de coñac.

El criado trajo un frasco que estaba envuelto en un periódico.

Don Serafin tomó el papel, era el *Pájaro Verde*.

En uno de los párrafos, encontróse el jóven el nombre de D. Cirilo Hermosilla.

Leyó para sí, y pasó el periódico á Martinez, señalándole el párrafo.

El guerrillero, que era un hombre vivo, pasó la vista como relámpago por los renglones, y despues dirigiéndose á su huésped, le dijo:

—¿Conque usted es caballero de la Orden de Guadalupe?

—No, yo no soy caballero, ni lo pretendo; esa es una calumnia de m

mayordomo, que es la persona que debe haberlo dicho; le juro á usted, compañero....

—No jure usted, amiguito: ¿y es mentira que ha regalado usted cien caballos para el regimiento de la emperatriz?

—Impostura!

Lea usted ese periódico.

Don Cirilo se quedó estupefacto.

Levantóse Martinez, y tomando una copa, dijo en voz alta y sonora:

—Brindemos por el Sr. D. Cirilo Hermosilla, que ha obsequiado al regimiento con el sueldo de una quincena!

Don Cirilo abrió la boca como un tiburon.

Vivas y aplausos resonaron como en una cantina de mártes de carnaval.

Don Cirilo quiso hacer una declaracion, pero Martinez le dijo al oido:

—Señor compañero, elija usted entre tres ó cuatro mil pesos, ó que le aplique la ley de *confiscaciones*.

Don Cirilo optó por lo primero, pero rechinando los dientes como un condenado.

—Señores, agregó Martinez, hagámosle todo el honor á este brindis, rompiendo las copas para que no se profanen con otros discursos y libaciones.

Las copas volaron por lo alto, cayendo en menuda lluvia de cristal.

El alma del viejo propietario se hacia trizas.

Siguió la jarana hasta el amanecer.

Don Cirilo, queriendo vengarse, les puso *monte* á los oficiales.

—Anda. viejo zorro, dijo Martinez, quieres tomar la revancha; yo te echaré un pollo de cuenta.—Señor teniente Garduña, lo habilito á usted para que eche unos *pasados por agua*.

—Mi teniente coronel, acepto, gritó una especie de huron con cabellera azafranada y manos de orangutan.

Martinez se marchó á dormir, diciendo para sí;—Quiñones está vengado, la venganza ha sido sangrienta; toma, mómia del imperio, toma por roñoso y avaro!

IV.

Don Cirilo Hermosilla era hábil en materia de *cartas*, pero no tanto como Garduña.

Comenzó ese rejuego de albures con todos sus *dibujos*.

Don Cirilo era afecto á los *tecolotes*.

Ahí estaba el *intringulis*, como decia Garduña.

Este se hizo al principio el colegial, para darle lo que el llamaba *boca de lobo*, al imperialista.

Despues tomó la baraja y desplegó toda su ciencia en el arte de Birjan.

Don Cirilo tenia fiebre tifoidea.

Le ganaron el dinero, los cubiertos y el reloj; y si la hubiera apostado, pierde la fé del bautismo.

El infeliz *retirado* se marchó á descansar cerca de las cuatro de la mañana, dándoles de patadas á los criados que encontraba á su paso.

Metióse en el lecho y procuró conciliar el sueño.

No daban aún las cinco de la mañana, cuando Martinez llegó bajo las ventanas de don Cirilo, con la banda de clarines, á tocar la *diana*.

Don Cirilo dió un salto.

El teniente Garduña tomó un serpenton y tocó un *solo*, de á cuarto de hora, capaz de despertar á un difunto.

Don Cirilo se tiraba de los cabellos con desesperacion dramática.

Despues de media hora, cesó aquella *cencerrada*.

Don Cirilo procuró conciliar el sueño.

No habia pasada una hora, cuando los clarines tocaron *forraje*.

Volvió el malaventurado teniente coronel á despertar.

Esperó con paciencia á que concluyese el infernal toquido.

A las ocho, la banda salió á la *escoleta*.

Entonces cada individuo tocaba lo que le parecia; notas altas, bajas, cromáticas, *fiorituri* y cuantas abominaciones aplicadas á los fagots y clarines ha inventado la filarmonía.

Don Cirilo saltó de la cama renegando, mandó poner su carretela, y se huyó, verdaderamente fugado, rumbo á Celaya.

—Qué me importa, decia el fugitivo, que la caballería tome agua, ni que

pase lista, ni que entren en asamblea, para que así me rompan los oidos! Maldita sea la república, y los tagarnos, y los chinacos, y toda esa chusma de canalla! Les dejo la hacienda, que se la coman si gustan.

V.

Luego que los oficiales se apercibieron de la retirada del propietario, se dirigieron á los estantes, sacaron el uniforme de don Cirilo, vistieron un manequí, le pusieron la cruz de la Orden de Guadalupe, y lo colgaron del techo del zahuan, como esos gavilanes empajados que adornan los portales de las haciendas.

Martinez se reia á dos carrillos al ver la jácara de la oficialidad.

¡Quién le habia de decir á don Cirilo Hermosilla que una *grosería* le habia de costar tanto dinero!

VI.

Pasó el regimiento el 26 de abril en una verdadera fiesta.

Hacia mucho tiempo que aquellos soldados no dormian bajo de techo.

El regimiento de Martinez estaba predestinado á los trabajos y fatigas de la campaña.

Al amanecer del 27 se oyó un cañoneo.

Martinez hizo tocar botasillas.

El guerrillero jamas se dejaba sorprender.

A pocos momentos, un ayudante llegó á todo escape.

—Mi teniente coronel, que avance usted con el regimiento, porque el enemigo ha hecho una salida, derrotando el campo de Michoacan y el de Jalisco.

—Rayo de Dios! gritó Martinez, y mandó tocar trote al clarin de órdenes.

El regimiento se puso en seguida sobre la marcha, y á las dos horas se encontraba frente á Querétaro.

CAPÍTULO DECIMOSÉTIMO.

LA BATALLA DEL 27.

I.

Estamos en la noche del 26 al 27 de Abril de 1867.

Los sitiados necesitaban hacer un movimiento, decidirse á romper el cerco, aventurar una batalla para salir de la amarga situacion á que los llevaba un destino siempre adverso.

Dejar pasar los dias en que las municiones se agotan pausadamente, en que la moral se pierde en combates parciales y la sangre cae gota á gota dejando exánime el cuerpo, cuyo vigor faltará en un momento dado, es entregarse irremisiblemente en brazos de la derrota.

Los gefes imperialistas celebraron junta de guerra, y la mañana del 27 fué señalada para un ataque simultáneo sobre la *Garita* y los campamentos del *Cimatario*.

Dos columnas de cuatro mil hombres cada una, con su dotacion de artillería, formaban el cuerpo de asalto.

La primera estaba al mando de Castillo y la segunda se fió al valor nunca desmentido del general Miramon.

Tomar los puntos indicados y caminando en sentido inverso sobre el cerco de circunvalacion hasta encontrarse en un punto dado de aquella circunferencia de hierro, era el plan de los imperiales.

El imperio tiraba por última vez los dados sobre la carpeta de su fatalismo.

Las columnas comenzaron á desfilar en silencio despues de un fuerte cañoneo sobre la *Garita*.

La columna de Castillo se encontró á pocos momentos frente á los reductos enemigos, mientras la de Miramon, que tenia mayor distancia que vencer, se desprendia de la Alameda rumbo al campo del Cimatario.

II.

El general Corona, sin presentir el ataque, dejó confiado el mando de la línea del Sur al general Régules y vino á conferenciar con Riva Palacio.

La noche tocaba á su fin cuando Castillo se lanzó con denuedo sobre la Garita, que era uno de los puntos de la línea de Riva Palacio y defendido por el valiente general Jimenez, que lo recibió á metralla, echándolo fuera de tiro, dejando un reguero de sangre y de cadáveres.

Castillo se habia comprometido á tomar el reducto y tornó á ensayar un segundo y tercer asalto, que dió por resultado la pérdida completa de su division.

Altamirano habia acudido al punto del ataque desde los primeros disparos, allí era su puesto, conservado siempre con heroismo.

Carrillo con los valientes soldados de Toluca, y Villada con un batallon de Michoacan dividieron los peligros en el campo de Jimenez, y compartieron los laureles de la victoria. Velez y Chavarría asistieron á la jornada.

La primera parte del plan imperialista habia fracasado.

El toque de diana repetido en toda la línea y los gritos del triunfo, anunciaron á Maximiliano que el general Castillo estaba derrotado.

III.

La columna de Miramon seguia imperturbable á su destino.

Sorprendió á los escuchas, capturó á las avanzadas, y con aquella rapidez de movimientos que le era genial, Miramon se lanzó sobre el cuerpo

de ejército de Corona, cuyos soldados víctimas de la sorpresa comenzaron á desbandarse, á tirar las armas y á abandonar la artillería, trenes y bagajes

Miramon se apoderó de las trincheras, tornó las piezas sobre los fugitivos y siguió su movimiento ejecutado con una maestría admirable.

La tropa, como era consiguiente, se entregó al botin y comenzó á desordenarse sin que el general pudiera contenerla.

Vencedores y vencidos se dispersaron en el campo del Cimatario y comenzó á introducirse una confusion horrible.

El general Jimenez seguido de Velez, Altamirano y Chavarría, recorrió su línea despues de la derrota de Castillo. Al llegar á la estrema izquierda advirtió que la columna de Miramon llegaba al Cimatario. Velez se empeñaba en creer que era una fuerza republicana, porque no podia comprenderse que aquel campamento era sorprendido.

Jimenez comprendió desde luego, que permaneciendo mudas las baterías de la Alameda, la fuerza era enemiga; entónces envió un regimiento de caballería suriano á las órdenes de Figueroa, y pocos momentos despues ordenó á Altamirano que se pusiera á la cabeza, y observase la columna de Miramon.

Jimenez no se habia engañado: luego que Altamirano se puso sobre el camino, las baterías de la Alameda lo saludaron á metralla. Avanzó hasta el Cimatario y presenció con asombro aquel espantoso desastre.

Todo estaba perdido.

Régules procuraba en vano contener á sus soldados. El pánico era terrible, el general fué arrastrado en la fuga y llevado por sus mismos dispersos, que huyeron á los pueblos inmediatos contando que el ejército republicano habia sido completamente despedazado.

Miramon dobló la posicion del centro y atacó por retaguardia.

La division de Jalisco apenas pudo defenderla y se replegó hácia la izquierda abandonando cañones, trenes, &.

Una brigada de esta division, que mandaba el general X.... se fué hasta á Apaseo y no volvió, sino tres dias despues.

El enemigo llegó á la hacienda del Jacal, posicion extrema izquierda defendida por la division de Sinaloa al mando del general Manuel Márquez, que corrió igual suerte.

Maximiliano entonces vino á ponerse al frente de las fuerzas, y se hallaba cerca de las paralelas abiertas por el general Corona frente á la *Casa Blanca*.

El general Corona no habia podido llegar á su línea y se habia incorporado al cuerpo de caballería mandado por el general Aureliano Rivera, único que se mantuvo unido; aunque tuvo que replegarse á la derecha del campo de Régules, desde donde pudo salvar algunos trenes y piezas que metia el enemigo, quitándoselas á viva fuerza.

En ese instante, un cuerpo pasó á alguna distancia delante del regimiento de Altamirano y en direccion del enemigo.

Era "Cazadores de Galeana" al mando del bizarro coronel Juan Doria.

Altamirano se puso en movimiento.

Tan pronto como el enemigo lo avistó, destacó su caballería á su encuentro. Esta caballería era numerosa y componíase de los cuerpos de "Húsares," "Regimiento de la Emperatriz" y "Policía á caballo."

El coronel Doria no vaciló, á pesar de la inferioridad de sus fuerzas, pues apénas traia trescientos y tantos caballos, siendo en número igual los que mandaba Altamirano.

El enemigo traia como mil doscientos caballos.

Los imperiales tocaron á degüello.

Los republicanos repitieron el toque aceptando la batalla.

El coronel Doria iba á la cabeza, vestido de azul, con un pequeño fieltro gris, montado en un soberbio caballo tordillo y llevando una magnífica pistola de Colt en la mano. Altamirano tambien montaba un caballo retinto, iba vestido todo de negro y empuñaba tambien una pistola de Colt.

Los "Cazadores de Galeana" descargaron sus rifles de Spencer de ocho tiros sobre el enemigo, que no los esperaba y se desmoralizó por completo.

Entonces sacando los sables se precipitaron á su encuentro é hicieron una carnicería espantosa.

Llegaron al campo los arrogantes cuerpos de "Supremos Poderes" al mando del bravo coronel Yepes y el primero del Norte al del coronel Montesinos, y todos á las órdenes del general Rocha, haciendo un fuego mortífero sobre el enemigo. Este huyó precipitadamente y bajó á la llanura.

Las fuerzas republicanas hicieron alto.

Doria y Altamirano se abrazaron sobre el campo.

Altamirano encargó el mando del regimiento al coronel Figueroa y quiso como soldado raso combatir al lado de Doria con los "Cazadores de Galeana."

La infantería enemiga se rehizo y avanzó hácia los republicanos, trayendo á su vanguardia una densa línea de tiradores.

Un ginete llegó corriendo hasta encontrar al coronel Doria.

Era el general Rocha, quien despues de felicitarlo le encargó que contuviese al enemigo mientras que los batallones que se habian quedado atras y que venian fatigados, llegaban al terreno de la lid.

Doria, que veia acercarse las columnas, hizo un esfuerzo desesperado y mandó cargar; lo mismo hizo el cuerpo del Sur.

Los "Cazadores" se lanzaron y acuchillaron á los tiradores, y á pesar del fuego mortífero que se les hacia en toda la línea por la infantería enemiga, llegaron á las trincheras defendidas todas con vigor. Doria mandó lanzarse sobre ellas y saltó el primero, Altamirano lo siguió, y un momento despues bajaban al llano dejando un reguero de cadáveres al pié de los parapetos y persiguiendo á las columnas, que dando media vuelta, corrian para la plaza en desórden.

Maximiliano retrocedió á su vez y ordenó la retirada, que se hizo con precipitacion hasta desaparecer el enemigo por la Alameda y la *Casa Blanca*.

El general Corona mandó avanzar en tiradores al cuerpo de Guerrero y á un piquete de guerrilleros de Guanajuato al mando del coronel Domenzain frente á la *Casa Blanca*, á fin de molestar al enemigo.

Las baterías imperiales protegian la retirada, sosteniendo un vivo fuego.

Era la una de la tarde, la línea estaba recobrada.

Miramon volvia derrotado á sus parapetos merced al fiasco del general Castillo y á la oportunidad con que las reservas llegaron al campo á disputarle los laureles del triunfo.

La victoria lo habia saludado en los primeros momentos, y veintidos piezas prisioneras y un número inmenso de bagajes de guerra, le decian que no habia sido un sueño su espléndida victoria sobre los campamentos del Cimatario.

La historia guarda los nombres de los héroes de esa jornada aunque los callen los historiadores.